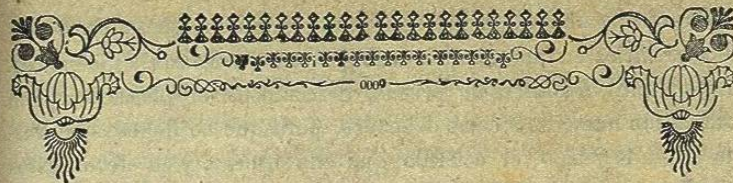




Viuda e hijos de Arango

Llano

LA MUJER DE PUTIFAR.



LA MUJER DE PUTIFAR.

En el delirio de un amor burlado,
Lo que puede mujer enfurecida
¿Quién ignora?.....

(Virg. Eneid., V).

LA mujer, así como tienes vicios, tiene también virtudes que le son peculiares. Su organización es viva y delicada, su sensibilidad es profunda, sus pasiones son ardientes y tumultosas. Poderosa por la debilidad y no por la fuerza, ataca por debajo de tierra ó por el flanco; apela á la astucia para conjurar la tempestad: huye, vuelve, desaparece para volver todavía y luchar siempre, hasta que triunfa por la importunidad, que es un remedo de la constancia. Su fin siempre es el mismo; pero cambia de medios, y sabe engañar sobre la fijeza de sus deseos por la multiplicidad de sus evoluciones. Encubre y protege sus más hábiles estratagemas con un aire de apacible y sosegada indiferencia, y

disfraza con una calma aparente y con estudiada ignorancia aquellos artificios en que cifra sus mas gratas esperanzas. Su imaginacion sutil, á manera de prisma, descompone el pensamiento en tintes tan numerosos como delicados, para que no llegue sino hasta el grado y bajo el colorido que ella quiere; y en efecto, estos visos de que se vale para deslumbrar, vienen al instante, y como por un encanto, á confundirse en la rápida afluencia de sus palabras y sobre su móvil fisonomía, hasta el punto de que nadie sospechará el menor estudio donde hay tanta espontaneidad, ni la menor reserva donde se vé toda la desenvoltura de la franqueza. Lo bueno, al pasar por ella, parece tomar ciertas proporciones angélicas; pero en el mal, parece obedecer á satánicas inspiraciones: nacida para compadecer, se dá entónces á sí misma un corazón sin piedad; dulce y tímida por carácter, se transforma en arrebatada y furibunda. Dios la habia revestido del pudor, y ella hace ruborizar la frente del hombre. En sus grandes odios, que son sordos y pérfidos, dijérais que siembra escollos por vuestro camino, y su lengua os despedaza con mordeduras secretas y envenenadas. Si quiere vengarse de vosotros, no podréis romper la red de mañosas imposturas en que os habrá envuelto: su venganza toma mil formas, su furor se multiplica: no, no venceréis, porque aun cuando saliérais de la lucha con la virtud de un ángel, vuestros destinos no obstante quedan los de un hombre, y serán perseguidos y fatigados sin fin por las cobardes y negras fechorías de un demonio.

La mujer, pues, que es el ornamento de la humanidad por la delicadeza de sus formas, que revelan una alma aun mas delicada, por la viveza de sus sensaciones, por la frescura de su fantasía, por el esmalte de sus virtudes apasibles, por la ternura inagotable y por la constancia de su corazón, que la lleva á veces hasta el heroísmo; cuando deja hollar su noble índole y degradar su dignidad por un desnivelado orgullo ó por una pasión indomable, es el sér mas repugnante y monstruoso, y por el abuso criminal de sus bellas y seductoras calidades se transforma en un tipo de

deformidad moral, que nos hace recordar alguna idea del infierno, como las furias del antiguo Tártaro.

Tal aparece la mujer de Putifar: sigue con un vergonzoso frenesí los malos instintos que la asaltan: su propia dignidad, sus deberes de esposa, la condicion de un esclavo, la natural y atractiva belleza de la virtud, nada llama ni reanima el honor que sucumbe en este corazón, atacado como pueden serlo todos los corazones, pero vencidos como lo son todos los flacos de espíritu. Toda pasión, á ménos de ser brutal, debia extinguir sus fuegos al sosegado menosprecio y á las púdicas resistencias de José: toda alma elevada hubiera concedido, ya que no una estimacion generosa, á lo ménos el beneficio del perdón á las graves lecciones de aquel jóven, y á la pureza de sus nobles sentimientos. Mas la odiosa mujer se indigna y se irrita: cubre su crimen con el manto de la fidelidad conyugal; la calumnia arma sus lábios; en sus manos hipócritas los testimonios de inocencia dejados por la víctima, se convierten en pruebas de culpabilidad; hasta su venganza trae la marca de cobardía y degradacion: la orgullosa señora, libre, poderosa y respetada, no halla en su corazón burlado, para castigar un esclavo virtuoso, otros recursos que la infamia de la mentira y el desquite de la crueldad, las solas cosas sin duda que se hallan en los ángeles destronados y en el pecho de una mujer envilecida.

De todos los hijos de Jacob era José el mas virtuoso y el mas amable. No siempre la belleza del alma se trasluce en lo exterior por la pureza y gracia de las formas; porque desde que el hombre, por un acto libre de su voluntad, turbó la primitiva armonía de los mundos, la parte que se vé ha quedado como el signo y la cubierta, pero no el fiel espejo de la parte invisible; y la naturaleza moral, lastimada y empobrecida al caer de su elevacion original, perdió el poder de prevenir ó de reparar completamente las deformidades ó las falacias de la naturaleza física. Sin embargo, hombres hay privilegiados, en quienes se encuentran todavía, por decirlo así, vestigios del orden desvanecido: dijérase que su

alma, al entrar en la mansion del cuerpo, quiso pagar la hospitalidad que en él recibia, cubriéndole con un reflejo de su propia dignidad, y de la magnificencia de sus virtudes: ¡tan profundo es el sello que sobre los sentidos dejó el espíritu! Y lo que mas admiramos en tales hombres, no tanto es la elegancia ó la suavidad de sus perfiles y la delicadeza de sus contornos, como aquel inexplicable encanto que sale de lo interior, aquella feliz armonía entre las maneras, la actitud y los movimientos, con la inteligencia, el sentimiento y la belleza moral que aquellos expresan. Lo que mas embeleza en ellos es la transparencia de la fisonomía y la revelacion de una alma bella en una pura brillante mirada, y en una frente noble y majestuosa. Tal pareció José, y si llegó á ser el objeto de la particular ternura de Jacob, fué tanto por el conjunto de sus eminentes calidades, como por su título de hijo de Raquel, la esposa querida.

Aunque legítima en sí misma la predileccion del viejo patriarca, no dejaba de tener sus inconvenientes. No podia disimular del todo su preferencia, y los hermanos de José podian aun ménos no advertirla; pues por una parte las afecciones de los viejos son ya de propósito indiscretas, y por otra la mútua envidia de los hermanos es suspicaz é intratable. A mas de otras muchas muestras de exclusiva benevolencia, dió Jacob á su hijo querido una túnica de lino de diversos colores, y desde aquel entónces José solo advirtió en sus hermanos sentimientos de ódio y aspereza de palabras; pues basta un lijero soplo para levantar en el corazon del hombre la tormenta de las mas violentas pasiones. El sencillo y virtuoso José aumentó aún sin quererlo este ódio, participándoles los sueños gloriosos que habia tenido. «Parecíame, dijo, que estábamos atando gavillas en el campo, y como que mi gavilla se alzaba y se tenia derecha, y que vuestras gavillas puestas alrededor aboraban á la mia.» Y otra vez: «He visto entre sueños como que el sol y la luna y once estrellas me adoraban.» Y exclamaron sus hermanos: «¿Es decir que tú has de ser nuestro rey, y nosotros estaremos sujetos á tu imperio?» Hasta su padre le

reprendió, tal vez con el fin de calmar la irritacion de sus demas hijos, pues en su pensamiento pesaban las misteriosas palabras de José, procurando penetrar el sentido de ellas. Porque en efecto, lo mas bello que hay en el mundo, un jóven dotado de un corazon puro y de una noble inteligencia, ¿no pudiera ser el órgano de la verdad, y alguna vez la luz del viejo? ¿Y no puede Dios excitar en nosotros el presentimiento de nuestros destinos, y mostrarnos vagamente las realidades del porvenir al través del simbolismo de un sueño?

Cierto dia en que los hermanos de José habian conducido sus ganados hácia la parte de Siquem, Jacob le envió á donde estaban. Partió José, y encontró á sus hermanos en los campos de Dothain. Cuando de léjos le descubrieron, dijeron entre sí: «Ved ahí al soñador que viene: vamos, matémosle, y echémosle en esta vieja cisterna: dirémos que una fiera le ha devorado, y así se verá de qué le aprovechan sus sueños.» Ruben, el mayor de ellos, se horrorizó de semejante crimen, y propuso bajar á José á la cisterna, con secreta intencion de salvarle la vida y volverlo á su padre. Al momento en que llegó José, fué despojado de su túnica, objeto fatal de envidia, y le echaron en la cisterna que estaba seca. Poco despues algunos ismaelitas y madianitas pasaron por aquel lugar con direccion á Galaad en Egipto, conduciendo camellos cargados de perfumes de resina y de mirra. Entónces Júdas, uno de los cómplices, tomó la palabra. «¿De qué nos servirá el matar á nuestro hermano y ocultar su muerte? Mejor es venderlo á estos ismaelitas, y no manchar nuestras manos, pues es nuestro hermano y nuestra sangre.» Prevaleció esta opinion. José fué sacado de la cisterna y vendido por veinte piezas de plata. ¡Vender con dinero la sangre de un hermano!

Los culpables hermanos empaparon la túnica de José en la sangre de un cabrito, y la enviaron á Jacob diciendo: «Ved ahí una túnica que hemos encontrado, ved si es la de vuestro hijo.» Y habiéndola Jacob reconocido exclamó: «¡Es la túnica de mi hijo! ¡una béstia cruel le ha devorado! ¡Una fiera ha devorado á

José? Rasgó sus vestidos, cubrióse con un silicio, y lloró por largo tiempo á su hijo. Reunieronse sus hijos para ver si podían aliviar su dolor, pero quedó inconsolable y les dijo: «Lloraré hasta que la muerte me una otra vez con mi hijo.» Y continuó derramando amargas lágrimas, porque José acababa de serle arrebatado, y Benjamin era la única prenda que le quedaba de la afeccion de Raquel.

Entretanto José fué conducido á Egipto, y vendido por los madianitas á Putifar, uno de los primeros oficiales del rey. El jóven esclavo habia encontrado gracia delante de Dios, que si envia á los hombres la prueba de una tribulacion pasajera, es para darles una ocasion de virtud y un manantial de gloria. Sus bellas cualidades le hicieron tan apreciable á su dueño, que éste le confió la administracion de su casa, depositando sobre él el cuidado de sus negocios. No quedó engañado el egipcio en esta confianza, pues Dios le bendijo á causa de José; sus bienes se aumentaron sensiblemente y la prosperidad coronaba toda sus empresas. Indudablemente la riqueza estará siempre repartida con desigualdad en el mundo á causa de los privilegios naturales y de las incorregibles diferencias de génio, de fuerza y de moralidad: la absoluta comunidad de bienes y hasta el equilibrio entre las aptitudes y las atribuciones, son sueños y quimeras de todo punto irrealizables. Si la prosperidad debiese andar unida á alguna cosa como un salario á un mérito, vendria á ser exclusivamente el estipendio de la virtud, que es el solo mérito del hombre. Y de hecho permite Dios alguna vez que esta ley tenga su cumplimiento, y hasta creando entre los hombres un mérito personal muy propósito para nutrir en ellos los sentimientos de una dulce y estrecha fraternidad, extiende en torno de nosotros y á gran distancia el beneficio de los dones generosos que nos aplica. Así es como José atrajo el mas próspero y apetecible éxito sobre todas sus obras personales, y por consecuencia un acrecentamiento considerable de fortuna sobre su amo, hasta verse éste elevado á los honores, despues de haber sufrido nuevas y dolorosas persecucio-

nes. Mas estas recompensas y estos castigos á las buenas y á las malas acciones, ni se disciernen tan rara vez que estemos dispensados de temer la justicia divina en el tiempo, ni con tanta frecuencia que podamos prescindir de aguardar de la justicia de Dios un fallo ulterior y definitivo.

Habia ya algunos años que José desplegaba y hacia brillar en la oscuridad de un servicio ingrato una inteligencia y una virtud superiores, cuando la mujer de su amo fijó en él una mirada culpable y le solicitó para el crimen. El noble cautivo permaneció fiel á Dios y á su honor, y respondió con tanta moderacion como firmeza. Porque la verdad y la virtud, á pesar de su carácter independiente, no borran las distinciones sociales, y la correccion que va de inferior á superior no debe asemejarse en su forma á la correccion que desciende de superior á inferior. De otra parte, es quizá la señal mas preciosa de una conviccion profunda y de una virtud bien comprendida el enlazar la dulzura con el celo y la mansedumbre hácia las personas con el respeto por los principios; pues nada hay tan sosegado como las conciencias fuertes, y nada tan generoso y fecundo como la misericordia. Si sois mejor que vuestro hermano, no os desembaraceis del cuidado de su alma por medio de inculpaciones amargas y de cómodos anatemas; cubridla mas bien con dulce y afanosa solicitud, y envolvedla con la ternura de vuestras afecciones, á fin de que Dios la perdone por causa vuestra. Pensad que el hombre, aun cuando se engaña ó se corrompe, queda un sér digno de toda consideracion, pues fué rescatado al precio de una sangre divina, y puede en uso de su libertad volver al estado que por el abuso de su misma libertad ha perdido.

Dijo pues José: «Ya veis que mi amo me ha confiado todo lo suyo, hasta el punto de ignorar él mismo lo que tiene: nada hay que no esté en mi poder y que no lo haya puesto en mis manos, reservándose solo á vos que sois su mujer. ¿Y podria yo cometer una tal iniquidad, y pecar contra mi Dios?» Semejante respuesta, léjos de desalentar la passion, pareció animarla y darle mayores

creces de despecho. La graciosa gallardía del jóven esclavo, su noble y hermosa fisonomía, embellecida con el colorido de la sorpresa y del pudor, enardeció mas el voluptuoso instinto de la mujer burlada, y la altivez del amor propio se mancomunó con la violencia del deseo. El hombre, bien sea por arrogancia varonil, bien sea por su carácter firme y juicioso, avanza casi siempre con seguridad ó retrocede oportunamente, por lo general parece mas circunspecto ante los obstáculos: la mujer al contrario, parece mas ardiente para vencerlos, como si quisiese suplir la fuerza por la pertinacia, ó tal vez como si se abrigase en ella alguna cosa que se parece al espíritu de contradicción. De otra parte, el esclavo, recordando á la soberbia egipcia la idea del deber, ganaba en valor moral mucho mas de lo que perdía por su despreciada condicion: él no podía vencer sino con gloria, y ella no podía sucumbir sino con un cruel oprobio. Por mucho tiempo le importunó con sus palabras; pero como él se habia mostrado ya mas grande que la desgracia, mostróse mas fuerte que el placer, triunfando así de las mas graves pruebas á que puede verse expuesta la juventud, la cual en sus dorados sueños se erije palacios encantados de felicidad, y en su ardiente necesidad de vivir para gozar, inclina tan gustosamente el oído á la voz seductora del placer.

Hallándose un dia José solo en un aposento de la casa, la mujer de su amo tanteó el último esfuerzo, y le cogió por la capa. Cuando una mujer pierde todo el respeto que así misma se debe, y ha merecido perder la estimacion de otro, ya no atiende mas que á sofocar á fuerza de goces sensuales la memoria de su perdida dignidad, y á todo se atreve para humillar en la complicidad del mismo crimen al que, desde la eminencia de su virtud, amenaza quedar siempre su acusador y su juez. No, no es posible pintar el borrascoso despecho y la enfurecida confusion con que la mirada de un hombre puro, hiere, llena y aterra el alma de una mujer sin honor. Porque Dios ha armado el corazón de la mujer de un sentimiento profundo y delicado de virtud para prote-

gerla contra la propia flaqueza, y le ha marcado sobre su frente el pudor como una señal de consagracion augusta y un título de parentesco con los ángeles, á fin de protegerla contra la temeridad y tiranía del hombre. Cuando, pues, en desprecio de estas salvaguardias, hace ella una declaracion de guerra á la virtud, y provoca la malicia de otro, léjos de poder invocarla por excusa, no es raro que Dios la castigue con ese furor contra la naturaleza, entregándola á una despechada vergüenza, de la que se venga obedeciendo á toda la fogosidad de sus malos instintos, como si se sintiese impelida por algun aguijón del infierno.

José poseia juntamente la inteligencia y el valor del deber. Dejó su capa en manos de la impúdica mujer, y huyó, único modo de vencer en tal peligro, pues aunque el espíritu tenga sus convicciones y su pronta decision, los sentidos tienen sus momentos de oscilacion y de desfallecimiento. Figúrese cualquiera los trasportes de la tentadora despreciada, pues por bellos que sean los nombres con que las pasiones sensuales pretenden decorar sus victorias de ignominia, saben tambien avorgonzarse de sus insolencias frustradas, porque entónces no pueden sofocar el sentimiento de la afrenta debajo de sus repugnantes fruiciones. Con su pasion burlada, con su imperio desconocido, la mujer de Putifar tenia que temer; pero sobre todo tenia que vengarse. Fuerza le era prevenir las quejas posibles de José; pero mas que todo le era preciso hacer pagar á un esclavo la pena de su virtud. Llamó á gritos á sus domésticos para que le diesen socorro, y se lamentó con un aire de púdica altivez, de que aquel extranjero hubiese osado llevar hasta su persona su temeridad delincuente. Sus gritos la habian salvado, y habia podido arrancar aquel vestido como cuerpo de delito contra José. Y cuando estuvo de vuelta su marido, hizo subir hasta él el origen de toda aquella desgracia, y le envolvió mañosamente en el acta de acusacion, á fin de que, teniendo él mismo que justificarse de sospechas de imprudencia, pensase ménos en acusarla á ella de infidelidad. «Este esclavo que tú trajiste aquí, dijo, ha venido para insultarme, y cuando ha

oído mis clamores, me ha dejado esta capa entre mis manos y se ha escapado."

La calumnia le salió muy bien. Putifar no se mostró asaz hábil para escapar de los artificios de su mujer, y sorprender la verdad bajo las estudiadas apariencias con que se cubria la impostura. Sin reflexionar que mal se prepara un hombre para grandes crímenes por medio de diez años de virtud y de solícitos servicios, y que la violencia podia venir tanto de la que habia arrebatado la capa como del que la habia dejado, se indignó hasta el extremo contra su mayordomo, y le hizo encerrar en una cárcel. Mas el Señor estuvo con José; pues al imponer un trabajo, Dios dá la fuerza necesaria para sostenerle, y mediante su gracia, no hay pruebas tan duras que no pueda superar un generoso esfuerzo. Aun en el seno de aquellos reveses cuya aparición en esta vida maldicen las almas débiles y cuyas angostas sendas no impiden sus maravillosas relaciones con el porvenir, manifiesta y despliega el hombre grande todo el poder de que está dotado, y segun la idea de un antiguo, ofrece al espíritu del mal el mas bello y precioso espectáculo para confundirle, un justo luchando á brazo partido con la adversidad. Así consuela Dios á aquellos que de este modo soportan el peso de unos castigos que no merecen, y mientras se aguarda la hora de su justicia pública, hace bajar en la sosegada serenidad de su conciencia alguno de aquellos goces y dulzuras de su cielo.

Permitió, además, el Señor, que José se captase la benevolencia del alcaide, el cual, compadecido del jóven cautivo, y no reparando en él cosa que dejase traslucir una alma abyecta y criminal, depositó en él su confianza y le encargó en gran parte el cuidado de los demas presos. Una mañana reparó José á dos de sus compañeros mas abatidos de lo que solian, y la causa de su abatimiento eran los sueños que habian tenido. Se hizo explicar aquellos sueños, y predijo á uno de los condenados que seria crucificado dentro de tres días, y al otro, que dentro de tres dias tambien recobraría su libertad y seria repuesto en el cargo que ántes tenia,

suplicando en seguida á este último que no lo olvidase en el tiempo de su prosperidad. El suceso justificó esta interpretacion: al cabo de tres dias el uno de los dos proscritos fué crucificado, y el otro puesto en libertad y restablecido en su antiguo cargo, que era el de copero mayor de Faraon; pero olvidó á José, pues la felicidad suele borrar la memoria de los beneficios recibidos. Dios lo permitió así en aquella coyuntura, á fin de que su elejido fuese en el socorro del cielo y no en el de la tierra, y que destinado como estaba á mandar á los hombres, aprendiese ántes á conocerlos.

Como nos hallamos ya en nuestros cuadros biográficos á punto de abandonar las tiendas de los patriarcas, para pasar á los palacios de los reyes, observemos de paso los adelantos que habia hecho la civilizacion en el Egipto desde los tiempos de Abraham. Entónces los Faraones tenian ya corte, pero mucho mas sencilla y con ménos aparato. En tiempo de José vemos en la corte de Egipto grandes dignidades, camareros, superintendentes, coperos mayores, panaderos, un gran visir, policía, cárcel del Estado, médicos de los grandes, y un ceremonial de mucha pompa. El escritor moderno que hubiese inventado la historia del Pentateuco, usurpando el nombre de Moisés, hubiera hecho probablemente progresar de nuevo la civilizacion por medio de Jacob; y hubiera faltado, sin querer, á la verdad. Pero el historiador del Pentateuco es mas fiel en realidad á la verosimilitud de la historia, como hace observar muy oportunamente un crítico reciente. Vuelve atrás la civilizacion, cuando Jacob, dejando la Palestina, pasa veinte años en Mesopotamia, en la vida errante y en las costumbres pastoriles. Avanza, empero, con Esau, porque se queda en Palestina y se hace aliado de los cananeos. El comercio multiplica poco á poco las relaciones entre los diversos pueblos. En tiempo de Abraham no se vé cambiar el trigo entre Egipto y Canaan, y el patriarca, para librarse del hambre, se vé precisado á trasladarse con todos los suyos á las orillas del Nilo. En tiempo de Jacob principia este comercio, construyendo en el camino, consultando á la mayor comodidad, grandes paradores públicos para las caravanas. Las